

## Poesías de Agustín Gómez Arcos dedicadas a Celia Viñas Olivella.<sup>1</sup>

[Canción de la maestra](#)

[Elegía a La muerte de Celia Viñas](#)

### Canción de la maestra<sup>2</sup>

(A Celia)

Sí, qué sencillo parece todo ahora  
cuando no te conozco, ni te veo,  
ni sufro tu presencia –tu amorosa presencia  
de luz inimitable, de cántico suave-.  
Qué sencillo parece todo ahora,  
en este momento mismo en que cruzo la calle  
en busca de mi turno,  
para unirme sin dilación ni pena  
a la marcha brutal de la vida.  
Qué sencillo parece todo ahora  
lejos ya del pasado de nuestra propia sangre.  
Otro caballo más seré, otra brida en mi boca,  
otra rienda en mi cuello.  
Obedeceré ciego los silbidos que manden,  
las manos que señalen,  
los puños que aporreen fieramente mi cara  
y la llenen de sangre, de lodo y de mentira.  
Te lo prometo, amiga, maestra y casi madre.  
Todo lo sufriré, porque tú me enseñaste  
que la vida es así,  
y hurtar el cuerpo es ofender a Dios,  
y ofender a la tierra,  
y no quiero que nadie se levante contra mí  
y me arroje flores marchitas a la cara  
porque no supe ganar las otras flores,  
las que crecen libres y puras en los jardines,  
las que adornan tu pelo,  
esas flores que crecen azules en los campos,  
azules en los ojos,  
azules en la sangre,  
azules en los dedos,  
y azules en la risa y en el alma.  
Porque no quiero que nadie se levante contra mí.  
y pronuncie mi nombre con asco,  
con infame burla,  
con vergüenza de sentirlo en la boca  
confundido con la propia saliva  
y con la propia lengua

---

1 Publicadas en Poesía . Obra Completa de Agustín Gómez Arcos. Editorial Cabaret Voltaire. 2013. *Recopilación e Introducción* Francisco García-Quiñonero Fernández

2 Tomada de Irigaray, Javier. [Canción de la maestra, de Agustín Gómez Arcos](#). En Varsovia.com 17-06-2014. *Esta poesía fue enviada por AGA a Celia*.

y con los propios dientes.  
Porque no quiero que nadie te diga  
-¡a ti, mi más soberbio signo de enseñanza!-  
que me vio en ese sitio adonde van los muertos  
que viven todavía, que respiran, que alientan,  
que ladran  
detrás de la presencia de los perros del miedo.  
Porque no quiero sucumbir con sangre  
ni claudicar con ojos.  
Porque recuerdo  
tu lejana memoria  
detrás de una mesa de madera marrón,  
en el viejo instituto del claustro sombreado,  
en el viejo instituto de la fuente sombría,  
en el viejo instituto del níspero sombrío,  
en el viejo instituto de la higuera,  
de las altas palmeras,  
del jazminero.  
Porque recuerdo que tú nos enseñabas  
que hay hombres, sólo hombres,  
-no rosas ni cantares ni juncos ni praderas,  
no montes escarpados ni páramos dorados,  
no aguilopos que suben más altos que las nubes  
ni nubes que se quedan casi al borde del suelo;  
hombres, tan sólo hombres-  
que iniciaron su camino en la cumbre  
como los victoriosos, como los elegidos  
por el Dios de los fuertes,  
que hay hombres que iniciaron su camino en la cumbre  
y no en el llano.  
Porque ahora sé que todo aquello era humildad  
y tú nos enseñabas que la humildad es soberbia  
más rica, más fina, más pujante y más alta.  
Y nos pusiste aquel ejemplo del humilde Fray Luis,  
del soberbio Fray Luis,  
del rígido Fray Luis soberbiamente humilde.  
Ay, Celia, amiga, maestra, cómo se queda uno  
cuando la vida embiste con sus cuernos airados  
y nos cerca de espinos y zarzales y vientos  
y se ríe más tarde mirándonos airosa.  
Cómo se queda uno y con qué sangre  
derramada a mansalva por los cuatro costados.  
-¡Ni se mueren los ángeles por altos  
ni por altas y solas se derrumban las nubes!-  
Hay amantes que todo lo trasegan hablando,  
y otros que necesitan besarse y devorarse,  
traspasarse de misterio incitante,  
de uniones simultáneas.  
Hay todo lo que dicen los libros y los hombres  
cuando salen ardientes, fatigados de ira,  
a ejecutar sus danzas,  
a ejecutar sus glorias,

detrás de las caretas de carne y hojas verdes  
en que ocultan sus rostros.  
Hay el furor latiendo  
al unísono tierno del corazón humano.  
Pero hay también, amiga, hay también y también  
el fracaso vestido de cándida apariencia,  
casi en vuelo de pájaro, casi en forma de rosa,  
en esta mano mía que te extiendo y te llevo  
para que tú la estreches lejana y olvidada  
y te manches; te manche  
de su sudor cansado  
como ríos abiertos por la palma florida,  
como cráteres vivos, incitantes, despiertos,  
y recuerdes, amiga,  
y recuerdes, maestra,  
mujer que ya comienzas a sentir lo que es vientre  
abultado y triunfante,  
mujer que ya lograste tu misterio completo,  
mujer casada, rosa  
cándida y silenciosa, biemparida,  
mujer de las mejores ilusiones,  
y recuerdes por siempre desde tu vieja historia  
que habremos de ser fieles,  
que habremos de ser fieles y aguantar en el tiempo  
aunque el tiempo se caiga  
y se derrumbe,  
aunque ladren los perros en las calles desiertas,  
aunque crezcan las matas en la piedra del templo,  
aunque el buitre nos siga y nos persiga,  
aunque muramos vivos,  
aunque todo se caiga y se derrumbe  
y se queme en el fuego  
y se avente en la nada.

*Primavera de 1954*

### Elegía a la muerte de Celia Viñas<sup>3</sup>

Yo soy aquel que clama y mi voz es desierta.  
Aquí expongo mis manos para que las cortéis.  
Arrancadme la lengua.  
Ardedme en sal.  
Convertidme en ceniza.  
El grito es siempre grito mientras el cielo escuche.  
Ahora, abrid el pecho.  
Los poderes son altos y la carne no aguanta.  
Abrid el pecho, muertos.  
Es a vosotros a quienes conjuro.

Pues la vida es hermosa, según dogma,  
pero es dura y atroz y hasta repugna  
Lo digo yo y me basta  
M1 palabra me guía

La vida era un desierto  
y tu flor sucumbió sin más remedio  
La sequía -¿Qué importa qué?-  
O la gran esperanza de una vida suprema.

Te fuiste dulcemente,  
mansamente tu sangre como arroyo en silencio.  
Y lo supieron luego,  
cuando vieron la luz perdida de tus ojos,  
y el movimiento nulo de tus manos,  
y tu sonrisa gacha,  
y tu vientre vacío como un saco de siembra.  
¡Qué soledad la tuya con tu muerte!

Nadie inventar pudiera,  
amiga muerta, igual desolación  
que tu escaparte hacia confusa orilla,  
¡Oh pájaro fatal, a la deriva!  
Nadie decir palabra  
que supliera el silencio de tu boca.  
(El silencio que se alza, se levanta  
como un gigante vivo  
mudo de asombro ya y sin movimiento.)

Yo soy aquel que clama  
por tu muerte inviolable.  
Yo soy quien quiere que la piedra escuche  
mi mandato de acero  
y en espada se torne y en cuchillo,  
y desgaje las venas del mundo que te ha muerto.  
Estoy lleno de odio  
y quisiera saciarme con sangre de cordero.

---

3 Tomado de "[Cabaret Voltaire](#)" Agustín Gómez Arcos. 9 abr. 2018. En [TheBooksmovie](#). Publicada inicialmente en *Revista Poesía española*, n.º 31. Madrid, julio 1954, pp. 10-11

(Que tú víctima fuiste  
en el atroz altar de lo infalible  
y ahora se te consagra a la experiencia  
para que el mundo aprenda que la vida es efímera  
como la vida misma.)

¿Dónde ya la justicia.  
aquello que nos hace no ser piedra y ser vuelo?  
¿Dónde, dime, la gloria  
de la carne sencilla, vegetal de la vida?

Oh muerte, muerte, muerte,  
diamante inacabable, luciérnaga preciosa,  
oh muerte destructora,  
oh destructora vida